

tiene razón al hablar de su línea de suerte... Parece que esto es contagioso.

En aquel instante, y cuando Ely respondía con una sonrisa de promesas, uno de los marineros, de pie en el muelle junto á la barca, tendía á miss Marsh una abultada cartera. Era la correspondencia de á bordo que él había ido á buscar al correo, y la joven americana empezó el apartado de las quince ó veinte cartas.

—Aquí hay un telegrama para usted, Hautefeuille—dijo.

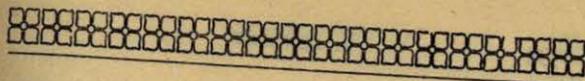
—Voy á ver—dijo éste—. Es una buena noticia, seguramente.

Y abrió el telegrama. Su rostro iluminóse con una sonrisa, y tendió el despacho á la señora de Carlsberg, añadiendo:

—¿Qué le decía yo á usted?

El telegrama estaba redactado en esta forma:

«Abandonó el Cairo hoy mismo. Estaré en Génova domingo, lunes lo más tarde. Recibirás nuevo telegrama. Muy feliz de volver á verte. — *Olivier Du Prat.*»



VII

OLIVIER DU PRAT

El segundo telegrama fué enviado, y el lunes, á eso de las dos, Pedro de Hautefeuille entraba en la estación de Cannes para esperar la llegada del rápido. Él mismo había tomado este tren para venir de París en Noviembre último, bien débil aún por efecto de la pleuresía que le puso á las puertas de la muerte. Quien le hubiera visto en aquella tarde de Noviembre, pálido, delgado, envuelto en su abrigo, no hubiera reconocido al convaleciente de entonces en el gallardo joven que atravesaba la vía, cuatro meses después, con las mejillas sonrosadas, la boca sonriente, ágil y con los ojos brillantes de una felicidad que iluminaba todo su rostro. Entre los veinticinco y los treinta y cinco años, los más modestos, los más tímidos, tienen esos momentos en los que el orgullo de vivir aparece en sus más insignificantes ademanes: es la señal de que aman, de que son amados, de que todas las cosas que les rodean conspiran para favorecer este amor, y la sensación de que ningún obstáculo se opone á su deseo les levanta el ánimo. El sér físico está en ellos exaltado, como transfigura-

do. Tienen otro paso, otra postura de cabeza, otra mirada. Diríase que un centelleo magnético emana de esos enamorados, revistiéndoles de una belleza momentánea, de la que no se engañan las mujeres. Reconocen éstas en seguida aquel «aire de hombre amado», que unas odian y á otras conmueve, según son envidiosas ó indulgentes, prosaicas ó románticas. En este último caso se encontraban dos personas con las que tropezó Hautefeuille en el andén de la estación de Cannes. La una era Ivona de Chesy, acompañada de su marido y de Horacio Brión, y la otra la marquesa de Bonnacorsi—como seguía haciéndose llamar oficialmente—, escoltada por su hermano Navajero. Para aproximarse á ellas y saludarlas, preciso le fué al joven deslizarse por entre la elegante multitud, muy compacta todos los días á aquella hora, para marchar á Monte-Carlo; y durante los dos minutos que empleó en dicha operación, los comentarios que á propósito de él se cambiaron entre las dos mujeres y sus acompañantes, probaba una vez más que la mezquindad de la malignidad celosa no es atributo del bello sexo.

—¡Calle! ¡Hautefeuille!—dijo la señora de Chesy—. ¡Qué feliz sería su hermana al verle tan cambiado! ¿Saben ustedes que verdaderamente es un buen mozo?

—¡Muy buen mozo!—repitió la veneciana—. Y tiene el aire de no sospecharlo, con lo que resulta encantador.

—No le dejarán ustedes mucho tiempo esa cualidad—dijo Brión—. Hautefeuille por aquí, Hautefeuille por allá..., en su casa de usted—y se dirigió á Ivo-

na—, en la de la Marquesa y en la de la señora de Carlsberg, no se oye hablar más que de él... No era más que un jovencillo cualquiera, inofensivo é insignificante como tantos otros, y ustedes van á convertirle en un presumidillo insoportable.

—Sin contar con que bien pronto habrá comprometido á alguna de ustedes si esto continúa así—añadió Navajero mirando á su hermana.

Desde su regreso á Génova, el astuto personaje comenzaba á advertir que á Adriana le pasaba algo, y buscaba el motivo, como se ve, echándolo á mala parte.

—¡Ah! ¿Piensan ustedes lo mismo los dos?—replicó Ivona riendo—. Pues bien; para castigarles voy á suplicarle que suba á nuestro departamento, y después que coma con nosotros en Monte-Carlo, y le encargaré de dar celos á Gontrán. Tiene necesidad de ello. Oiga, Pedro—continuó dirigiéndose al joven, que ya estaba á su lado—, está usted á mi servicio toda la tarde y toda la velada. Se trata de darme valor en el caso en que mi dueño y señor pierda más de cien luisas. Anteayer ha perdido mil al treinta y cuarenta. Dos partidas como ésta por semana son un buen presupuesto de invierno. Bien pronto será preciso que yo piense en ganar el dinero para la casa.

Chesy no respondió nada, y continuó acariciando nerviosamente su bigote mientras se encogía de hombros. Pero su rostro crispóse con forzada sonrisa, bien diferente de aquella con que de ordinario acogía las arriesgadas bromas de su mujer. La catástrofe predicha por Dickie Marsh era inminente, y el desdichado hombre era muy niño y procuraba remediar

el desastre, arriesgando lo poco que le quedaba sobre el tapete verde de Monte-Carlo, mientras su mujer ignoraba la verdad. Por esto la frase de Ivona resultaba cruel para él y para ella misma, pronunciada ante Brión, el banquero profesional de las mujeres de mundo caídas en la desgracia. Hautefeuille, al tanto de todo por sus conversaciones con Corancey y con la señora de Carlsberg, sintió vivamente la ironía de las palabras de Ivona en tal situación.

—No voy á Monte-Carlo—dijo—. Vengo aquí á esperar á uno de mis amigos, que ustedes conocen: á Olivier Du Prat.

—¡Mi novio en casa de su hermana de usted! Sí... Durante quince días estuve un poco enamorada de él... Invítele usted á comer con nosotros esta noche. Toman ustedes el tren de las cinco.

—¡Pero si está casado!

—Pues invite usted á su señora—dijo alegremente la aturdida—. Ea, Adriana, decídale usted..., usted puede más que yo.

Y continuando su papel de niña mimada, tomó el brazo de Navajero. Nada la divertía tanto como la cara que ponía el italiano cuando veía á su hermana junto á alguno del que estuviera celoso. La joven ignoraba el servicio que prestaba á su amiga, que aprovechó aquellos instantes para decir á Pedro:

—También él llega en este tren. Sólo por verle he venido. ¿Quiere usted decirle que estoy citada con Florencia mañana á las once en la *Jenny*? Y le suplico á usted que no se enfade, si mi hermano se muestra poco amable con usted. Se le ha puesto en

la cabeza que me hace usted la corte... Pero aquí está el rápido.

El tren, en efecto, entraba en la estación, y casi en seguida Pedro vió aparecer el risueño rostro de Corancey. Antes de que el tren se detuviera estaba el provenzal en el suelo, y abrazando á Hautefeuille, dijo en voz alta, para ser oído por su mujer:

—Te agradezco que hayas venido á esperarme—y añadió en voz baja: —Procura desembarazarme un momento de mi cuñado.

—No puedo—dijo Pedro—: Espero á Olivier Du Prat. ¿No le has visto en el tren? ¡Ah! Ya le veo.

Y abandonando á Corancey, sin importarle la nueva escena del *matrimonio secreto* que se representaba en el andén, precipitóse hacia un joven que, de pie en el estribo de un vagón, le miraba y le sonreía alegre y tiernamente. Por más que Olivier Du Prat fuese de la misma edad que Pedro, parecía algunos años más viejo, por las arrugas vigorosamente marcadas en su rostro moreno. Sus facciones eran irregulares y formaban tan extraño conjunto, que era imposible olvidarlas una vez vistas. Sus ojos negros, el brillo de sus dientes blancos y perfectos, sus cabellos abundantes, daban á su fisonomía una gracia animal, si puede decirse, que corregía la expresión amarga de su boca, de su frente y de sus mejillas sobre todo. Sin ser alto, su espalda y sus brazos indicaban la fuerza. También él, apenas bajó del vagón, estrechó en sus brazos á Pedro con arranque y llorando casi de emoción, y ambos jóvenes permanecieron contemplándose algunos momentos, olvidándose de ofrecer la mano á una mujer joven que, en pie en el es-

tribo, un poco alto, esperaba con perfecta impasibilidad que alguno de ellos la ayudese á bajar. La señora de Olivier Du Prat era una joven de veinte años, muy linda y fina, de delicada belleza, y cabellos rubios, de un tono frío á fuerza de ser claros, ojos azules, en los que en aquel momento flotaba ese no sé qué impene-trable é ilegible que se nota en muchas recién casa-das ante los compañeros de juventud de su marido. Esta, ¿sentía por el amigo preferido de Olivier sim-patía, antipatía, confianza ó desconfianza? Nada dejó adivinar cuando el joven fué á excusarse por no ha-berla saludado más pronto y ayudado á apearse del vagón. Apenas apoyó la punta de sus dedos en la mano que Pedro la tendía. Pero esto podía ser natu-ral reserva, como también la frase con que respondió á la pregunta de Pedro sobre su viaje podía expresar únicamente deseo de reposo.

—Hemos hecho un viaje feliz—dijo—; pero, des-pués de tan larga ausencia, siente una deseos de estar en su casa.

Sí. La frase era natural; pero podría significar también en aquella boca de astuta y fría mujer: «Mi marido se ha empeñado en venir á verle á usted. Yo no he podido impedirlo.» Por lo menos, ésta fué la traducción que á aquellas palabras dió Hautefeuille. La aproximación de Corancey le evitó responder á ellas. El tren marchaba de nuevo, dejando libre la vía, y el meridional llegaba con la mano extendida y la sonrisa en los labios.

—Buenos días, Olivier. ¿No me conoces? Coran-cey, tu compañero de retórica. Si Pedro me hubiera avisado que venías en este tren, hubiéramos hecho

juntos el viaje. Tienes un aspecto soberbio y siem-pre veinte años. ¿Quieres presentarme á tu esposa?

—No le había reconocido, efectivamente—decía Olivier, cinco minutos después, en el carruaje que les conducía á él, á su mujer y á Pedro al Hotel de las Palmas—. Sin embargo, no ha cambiado. Es siempre el hombre del Mediodía con su familiaridad intolerable cuando es sincera, innoble cuando es fingida. Entre las cosas odiosas de nuestro país, y hay donde escoger, la mayor es, en mi opinión, el antiguo camarada del Liceo. Porque se ha estado juntos, presos en uno de esos corrales denominados colegios franceses, ya se llama por el nombre á secas y se tutea. ¿Ves tú aquí á Corancey con frecuencia?

—Parece quererle á usted mucho, señor Haute-feuille—dijo la joven—. Ha saltado á su cuello de usted en cuanto se apeó.

—Es algo exagerado en sus demostraciones—res-pondió Pedro—; pero, verdaderamente, un agradable compañero y me ha servido de mucho.

—Me asombra eso en él y en ti—repuso Olivier—; pero, ¿por qué no me has hablado de él en tus car-tas? Yo me hubiera comportado de otro modo.

Esto no significaba nada tampoco, pero bastó para restablecer entre las tres personas esa atmósfera de disgusto que á veces destruye el encanto de los más deseados encuentros. Hautefeuille creyó adivi-nar un reproche en la frase de su amigo sobre sus cartas, y sintió de nuevo en la de la joven una fría hostilidad. Se calló. El carruaje subía en aquel mo-mento la calle que él había bajado en compañía de Corancey la mañana de su visita á la *Jenny*, y la

blanca silueta de la quinta Helmholtz apareció á la izquierda entre los olivos. La imagen de Ely evocóse en el espíritu del joven con la más violenta intensidad, y estableció una involuntaria comparación entre su querida, su divina Ely, y la mujer de su amigo. La francesa, sentada á su lado, algo seca y entonada en su elegante tiesura, le pareció de pronto pobre, neutra, poco interesante junto al voluptuoso fantasma de la gran señora extranjera. Berta Du Prat ofrecía en toda su persona esa distinción sobria y un poco *gris* que es la verdadera marca de la parisiense bien educada: la especie existe. Su traje de viaje estaba confeccionado en uno de los mejores talleres; pero la joven mostraba tal cuidado en huir de todo lo que revelase excentricidad, que todo resultaba impersonal en ella. Era bonita, con la frágil y delicada belleza de una figura de Sajonia; pero en su rostro se reflejaba tal expresión de vigilancia, sus labios eran tan delgados, sus ojos tan inexpresivos, que aquel delicioso rostro no producía deseo de conocer la naturaleza del alma que tras él se escondía. Era evidente que aquella alma no se compondría más que de ideas corrientes, de sentimientos vulgares, de impulsos dentro de toda regla. Estas mujeres son las que, generalmente, buscan para casarse los hombres que han vivido mucho y han corrompido su imaginación en numerosas aventuras de adulterio y seducción. Olivier se había, sin duda, casado con aquella joven porque su belleza lisonjeaba su amor propio y porque su irreprochable aspecto evitaba todo sentimiento de celos. No era menos natural que Pedro, educado en un ambiente de honradez con-

vencional y que había sufrido los prejuicios de los suyos, notase lo mezquino de la naturaleza de aquella mujer, y cuanto había de mediocre, de pobre, en ella, sobre todo si la comparaba con la señora de sus pensamientos. Impresiones de este género producen en seguida ese retroceso de nuestra alma, que se explica por esa gran palabra, tan cómoda en su misterio: la antipatía.

Pedro no la había sentido en sus primeros encuentros, cuando la señora de Du Prat era aún la señorita Berta Lyonnet; no obstante que ella debió disgustarle aún más en su medio virginal, entre su padre, el más estirado de los abogados, y su madre, una verdadera vejancona noble de la alta burguesía parisiense. Pero entonces los instintos románticos de su alma dormían en el joven. Su amor los había despertado ahora, y habíase hecho sensible á esos matices femeninos que antes se le escapaban; pero poco acostumbrado á leer en sí mismo para reconocer la influencia que en su modo de ser había ejercido el transcurso de algunas semanas, explicó la sensación de disgusto que Berta le había producido por aquella sencilla razón que nos sirve para justificar nuestra ignorancia de los caracteres de los demás.

—¿Qué ha cambiado en ella? ¡La he conocido tan encantadora en el momento de su matrimonio...! Y ahora es otra... También Olivier ha cambiado. ¡Era tierno, tan cariñoso, tan alegre...! Ahora parece indiferente y casi triste. ¿Qué le pasa? ¿Es que no es feliz?

El carruaje se detenía ante el Hotel de las Palmas, cuando Pedro se hacía esta pregunta, que se repitió

mientras seguía con la mirada á Olivier y á su mujer, que entraban en el vestíbulo. Andaban dando las órdenes referentes al equipaje y á la camarera. Su paso era tan distinto, tan poco asociado, que sólo él revelaba la probabilidad de un divorcio secreto entre aquellos dos seres. En detalles semejantes, que indican una instintiva fusión, dos amantes, ó dos esposos, hacen conocer la armonía íntima que les une. El paso de Olivier y de su mujer indicaba la hostilidad. Esos detalles del movimiento no se analizan, pero se perciben con una indiscutible evidencia; y ¿qué evidencia mayor que la frase pronunciada por Du Prat cuando el administrador del hotel le mostró la habitación que le había reservado, y que se componía de una alcoba con una cama de matrimonio y dos cuartos tocadores, uno grande, y un salón?

—Pero ¿dónde se colocará mi cama? Ese tocador es muy pequeño...

—Tengo disponible otro departamento con un salón y dos alcobas que se comunican —dijo el Administrador—, pero está en el piso cuarto.

—Eso me es igual—respondió Du Prat.

Su mujer y él subieron en el ascensor, sin haber fijado su atención en las hermosas flores con que Pedro había adornado el cuarto. Había el joven dispuesto éste como hubiera deseado que fuera el que hubiera compartido con su Ely. Quedó solo, respirando el aroma voluptuoso de las mimosas, mezclado al de las rosas y narcisos, mirando por la ventana el claro paisaje de la tarde: el Esterel, el mar y las islas. Realmente aquella pieza, llena de sol, con sus perfumes y con aquel horizonte era un nido delicioso é

íntimo, ¡y la primera idea de Olivier había sido la de buscar dos alcobas separadas! ¡No dormía con su mujer á los seis meses de casado! Ante este detalle, que se unían las otras observaciones del joven, y sobre todo á sus involuntarias intuiciones, Hautefeuille cayó en profunda meditación. Comparó de nuevo las alegrías apasionadas de su encantadora novela, y la extraña frialdad de aquel joven matrimonio. Recordó su primera noche de amor real, aquella noche pasada en la intimidad adorable de la estrecha cama del navío, de la que le costó tanto trabajo levantarse. Recordó su segunda noche, la que Ely y él habían pasado en Génova, y la dulzura que experimentó durmiéndose un rato con la cabeza apoyada en el seno de su querida. Recordó que la víspera, Ely, accediendo á las súplicas que la dirigió, había consentido en recibirle por la noche en su alcoba de la quinta Helmholtz, y cómo él había entrado en el jardín, cómo había encontrado la puerta del invernadero abierta y á su querida que le esperaba.

Ely le había conducido hasta su habitación por una escalera de caracol que partía del saloncillo, y que sólo ella usaba. ¡Ah! ¡Qué temblorosos besos habían cambiado entonces en medio de aquella doble y poderosa emoción del amor y del peligro! Cuando llegó el momento en que Pedro tenía que salir de aquel lecho y de aquel cuarto, había sentido una profunda desesperación. Volvió solo, triste, por las calles desiertas, á la luz de las estrellas, sintiendo el deseo de huir con su querida muy lejos, para vivir junto á ella, como un marido vive con su mujer. Este derecho de pasar las noches sobre un corazón ado-

rado, antojábasele el más precioso de todos. Si. Todas las noches, la mitad del año al fin del año, la mitad de la vida al fin de la vida. Todas las noches, cuando la mujer, al despojarse de su traje del día, ha dejado aparte el sér social para convertirse en la criatura sincera y verdadera, la confiada, la tierna abandonada que ningún otro ve así. ¿Y Olivier no sentía esto por su joven esposa? Pero si tampoco la amaba á los seis meses de matrimonio, ¿la había amado nunca? Y si no la había amado, ¿por qué se había casado con ella? En estas imaginaciones estaba Pedro, cuando una mano que se apoyó en su hombro despertóle bruscamente. Olivier estaba de nuevo ante él, pero solo.

—Y bien—dijo—: he encontrado la habitación que deseaba. Un poco alta está, pero las vistas son buenas. ¿No tienes nada que hacer? ¿Quieres que demos un paseo?

—¿Y tu mujer?—preguntó Hautefeuille.

—Es preciso dejarla tiempo para que se instale, y te confieso que no me disgusta estar un rato á solas contigo. No se habla bien con testigos... ¡Si supieras qué alegría tengo de volver á verte!

—¡Querido Olivier!—dijo Pedro, al que las frases de su amigo, pronunciadas con acento sencillo y profundo, conmovieron.

Se estrecharon las manos y se miraron, como en el andén, sin pronunciar una palabra. En los *Fioretti* de San Francisco se cuenta que un día San Luis, vestido de peregrino, fué á llamar al convento de Santa María de los Angeles. Otro santo llamado Egidio, abrió la puerta y le reconoció. El rey y el monje se

arrodillaron uno ante otro, y se separaron sin haberse hablado. «He leído en su corazón, dijo Egidio, y él en el mío.» Esta hermosa leyenda es el símbolo del encuentro entre amigos como lo eran los dos jóvenes. Cuando dos hombres que se conocen y que se quieren desde la infancia, como ellos se querían, se encuentran frente á frente, no tienen necesidad de hacer protestas de cariño ni darse una seguridad nueva de su fidelidad recíproca. La estimación, el respeto, la confianza, todas las nobles virtudes de los afectos hondos, no se expresan con palabras. Brillan, calientan por su sola presencia, como una llama pura y clara. Una vez más los dos amigos comprendieron lo mucho que podían esperar uno de otro, y la profundidad del cariño de hermanos que les unía.

—¡Y tú pensaste en poner flores por todas partes!

—dijo Olivier, cogiendo á su amigo por un brazo—. Voy á dar órdenes para que las suban á nuestra habitación. Y ahora, vamos. No por la Croisette, ¿quieres? Si está aún como yo la he conocido durante los ocho días que en otra época pasé aquí, estará inhabitable. Cannes, en aquella época, era la *Snobopolis*. Por el contrario, recuerdo que entre la California y Vallauris hay admirables paseos, una naturaleza salvaje, grandes bosques de pinos y de encinas, y no esas palmeras, esos grotescos plumeros que me causan horror.

Salían del jardín del hotel, y Du Prat mostraba, mientras hablaba, la alameda que daba nombre á la fonda. Su amigo se echó á reír, respondiendo:

—No eches demasiada *sepia* sobre los jardines de

este pobre Cannes. Son invernaderos muy agradables para un enfermo... Puedo asegurarlo.

La comparación entre el líquido negro que arroja la *sepia* para turbar el agua en que se oculta y la ola de bilis lanzada por Olivier en sus ratos de mal humor, era una antigua broma de su primera juventud. Olivier también rió ante aquel recuerdo; pero continuó:

—No te reconozco. ¡Tú fraternizas con Corancey, tú; el indomesticable! Te gustan estos jardines adulterados, con sus praderas que se plantan cuando la primavera viene, sus árboles colocados, y su falso verdor, ¡á ti, el castellano de Chameane!... ¡Ah!.. Yo prefiero esto...

Y mostraba á su amigo, á la vuelta del camino, la montaña cubierta de pinos sombríos y de alerces claros. Al pie de ella continuaba la línea de quintas, de Cannes al golfo Juan. A la derecha extendíase el mar libre de todo velo, de tal modo, que por un momento, llevando la mirada de aquella verde montaña á aquel mar azulado, se tenía la ilusión del paisaje ante la estación del invierno y su boga. Anduvieron los dos jóvenes unos cien metros más, y se encontraron en pleno bosque. Los rojos troncos de los pinos elevábanse ahora en torno suyo tan apretados, que apenas si el azul de las olas aparecía al través de ellos. La negra hojarasca cortábase en pleno cielo con un cálido vigor. Un penetrante aroma de resina les envolvía, y á él se mezclaba por intervalos el fresco perfume de una gran mimosa en flor. Miraba Olivier aquel rincón del bosque, ya septentrional, como un viajero que vuelve de Oriente y que, aburrido de los

horizontes de arena, y de aquella naturaleza monótona y terriblemente centelleante, encuentra con verdadera alegría de sus sentidos la vegetación variada, los matices cambiados del paisaje europeo. Hautefeuille miraba á Olivier. Preocupado hasta la ansiedad por el enigma de aquel matrimonio que había admitido sin discutirle, continuaba estudiando en el rostro expresivo de su amigo las idas y venidas de los pensamientos tristes ó alegres. Lejos de su mujer, Olivier se encontraba visiblemente más á gusto, pero conservaba en sus pupilas aquel fondo de disgusto, y en su boca aquel pliegue de amargura que tan bien conocía su amigo; signos que anunciaban siempre alguna de aquellas crisis de lúcida acritud de que la señora de Carlsberg había hablado á la de Brión. Siempre había Pedro sufrido mucho cuando estas crisis se presentaban, y el otro se ponía á hablar de sí mismo y de su vida en un tono cruel de cinismo desencantado. Hoy iba á sufrir dos veces, por tener en el corazón el tierno entusiasmo de su propio amor. ¡Qué hubiera sido de haber comprendido la significación completa de todas las frases en que se desahogaba la melancolía de su compañero!

—Es muy extraño—comenzó Olivier—, hasta qué punto, de joven, se tiene un presentimiento completo de la vida. Recuerdo en este instante, como si estuviéramos allí, un paseo que dimos juntos por Auvernia... Tú seguramente no lo recordarás. Volvíamos de La Varenne é íbamos á Chameane. Era durante las vacaciones, terminado nuestro tercer curso. Yo acababa de pasar quince días en casa de tu madre, y debía partir al día siguiente para volver á casa de mi

abominable y canalla tutor. El cielo de aquel mes de Septiembre era dulce como éste y con la misma transparente luz. Nos sentamos al pie de un alerce para descansar. Te veía, veía el hermoso árbol, el grandioso bosque, el magnífico cielo. De repente invadióme una especie de tristeza sin nombre, un enfermizo deseo de morir. Me había acometido allí la idea súbita de que nada bueno había en mi vida, y nada tenía que esperar. ¿Cuál era el origen de esta idea tan extraña á los dieciséis años, que tenía entonces? Hoy mismo no me lo puedo explicar. Pero jamás olvidaré la hondísima desesperación que me acometió al pie de aquel árbol, y en aquella clara y tibia tarde en que estaba á tu lado. Era como si yo sintiera por adelantado todas las miserias, todas las vanidades, todas las desilusiones de mi destino.

—No tienes derecho para hablar de ese modo— interrumpió Hautefeuille—. ¿Qué miserias, qué vanidades, qué desilusiones son ésas? Tienes treinta y dos años. Eres joven. Gozas de buena salud. Todo te ha salido bien; fortuna, carrera... matrimonio. Tienes ochenta mil francos de renta. Vas á ser primer secretario. Posees una mujer encantadora... y un amigo del Monomotapa—añadió riendo.

Las frases de Olivier le habían hecho daño: había sentido la melancolía sincera en aquella efusión que á otros hubiera parecido exagerada. Y se oponía á lo dicho por su amigo como en otra época. Raro era que Du Prat, espíritu muy crítico, muy delicado y muy sensible á la menor falta de gusto, no cambiase de tono en cuanto su amigo le atacaba de aquel modo. Esta vez, sin embargo, debía de llevar un peso

muy grande sobre su corazón, pues continuó con acento más triste:

—¡Todo me ha salido bien!—Y se encogió de hombros—. Pero realmente, treinta y dos años es la juventud perdida. La salud y la fortuna significan algunos disgustos de menos... Y ¿por cuánto tiempo? Esto no es una dicha. ¿Mi carrera? No hablemos de esa tontería... ¿Mi matrimonio?

Detúvose un instante, como si retrocediese ante la confianza; después, con una dureza que hizo estremer á Pedro, pues indicaba que el acceso interior crecía y arrojaba su pus, añadió:

—¡Mi matrimonio! Pues bien; es otra cosa que ha fallado, como todo. Pero ¿qué importa?—dijo sacudiendo la cabeza.

É insistió, sin que Pedro le interrumpiese ahora:

—¿Nunca te has preguntado por qué me he decidido á casarme? Habrás pensado, como todo el mundo, que la soledad me pesaba, que deseaba ordenar mi vida, que había encontrado todas las condiciones para un enlace razonable; todas: una buena dote, un nombre honrado y una linda mujer, bien educada, y has encontrado la cosa muy natural. No te lo reprocho. Es el prejuicio corriente: es uno esclavo de las costumbres sin sospecharlo. Se pregunta por qué alguno no se ha casado, como todo el mundo. Pero ¿por qué alguno se ha casado como todo el mundo, cuando este alguno no era como todo el mundo? Esto, jamás. Además; tú no sabías, no podías saber después de qué experiencia he ido yo al matrimonio. Nos hemos respetado siempre el uno al otro en nuestras confianzas, y por esto nuestra amistad ha per-